

DAVID BOWMAN

Juana La Maliciosa

COLECCIÓN EL BIBLIONAUTA N. 8

EDICIONES DEL SERBAL

Nadie sabe lo que tienen los demás en la cabeza, reflexioné frente al desfile de turistas que discurría ante la terraza de C'an Cosmi. Es imposible saber en qué creen ni lo que esperan en sus sueños, me repetí. Y, desde luego, es imposible saber lo solos que están, concluí adormilado. ¿Quiénes serán, me dije, tan bronceados, bajo sus gafas de sol y sus camisetas de marca? Había empezado a dar francas cabezadas cuando a mi espalda sonó un vozarrón con acento catalán, o tal vez isleño, que me despertó.

—Es difícil ganarse la vida, ¿verdad?

Era media tarde y el calor, de muerte. Me encontraba de vacaciones en Santa Eulalia, en la isla de Ibiza, abotargado tras una mañana playera y una paella bien regada, y me debatía entre permanecer bajo el toldo de C'an Cosmi o arrastrarme a sestar junto a la piscina del hotel. Sin gana, volví la cabeza: un sujeto estirado y redicho me miraba dos mesas más allá.

—Muchos, ni lo consiguen —recalcó.

En la terraza no había nadie más, salvo dos camareros que sudaban empujando un barril de cerveza, y me encogí de hombros. Menuda obviedad. Alguien tendrá que servir las mesas:

nadie regala nada, pensé. Toma y daca. La vida, en fin. Pero como no lo había visto en mi vida, ni me molesté en contestar. Me dio igual. A propósito de ganarse la vida, exclamó él, le voy a contar la historia de una chica que conocí. Yo tragué saliva y el catalán, o lo que fuera, se sentó conmigo: su frescura era inaceptable. Los dos estamos solos, se justificó. Ciertamente, pero eso no bastaba para hacer menos impropia su actitud ni, mucho menos, para que me agradase su persona: al fin y al cabo no soy español y no pego la hebra con el primero que se me cruza, lo que no impide que ame con desmesura este país que conozco razonablemente y que, de algún modo, se ha convertido en mi profesión: soy escocés, enseño Filología Española en el Reino Unido y tengo editados algunos textos de clásicos españoles. Bueno, es igual: no voy a contar mi vida. El caso es que me gusta estar solo, y ya está.

Mi nuevo y extraño amigo, por llamarlo de alguna manera, vestía ropa cara, una americana oscura y una camisa blanca que colgaban desmadejadas sobre su cuerpo, como si en vez de ponérselas se las hubiera tirado encima. Rubiejo y bronceado, sonreía sin parar, necesitaba un buen afeitado y, pese a su altanería insufrible, resultaba interesante debido a una imprecisa forma de melancolía que lo humanizaba.

No le voy a decir cómo se llamaba esa joven, me adelantó con mucho misterio. A estas alturas es una investigadora con un prometedor futuro en el campo de la biogenética y, si se lo dijera, su historia perdería el interés que tiene por sí misma para quedarse en mero cotilleo: todos los nombres que me oírás, por lo tanto, si es que decide seguir escuchándome, son inventados. En cuanto a mí, apostilló extendiendo los brazos, poco hay que añadir a lo que se rumorea por ahí, en los clubs náuticos pijoteros y en los bares de los puertos de Vila y de Sant Antoni. Pues que, ade-

más de navegante, soy aficionado a charlar y, de modo especial, a escuchar y repetir después historias tan peculiares como esta.

Además de inmodesto, dado que allí el único que escuchaba era yo, mi contertulio, en efecto, era tan popular en la isla como las hierbas de C'an Mari Mayans, por lo menos, circunstancia que debí haber imaginado: los camareros lo trataban con especial deferencia y él se complacía intercambiando saludos con los transeúntes, gente de la isla, sin duda, y no turistas. «*Uep, Ferrer!*», le gritaba, por ejemplo, a uno que pasaba. Y el aludido, sonriente, levantaba un brazo. «*Jaume! Força Barça! Tot el camp és un clam!*». Fue así como supe su nombre, Jaume, puesto que en ningún momento nos presentamos.

Este último verano, de nuevo en la isla, me enteré de que también lo llamaban el Gran Tagomago y de que se trataba de un tío importante de Barcelona, además de un conocido navegante del Canal de Ibiza. El pasado mes de abril desapareció con su barco bien lejos de allí, nada menos que en los Cuarenta Rugientes. Estaba empeñado, por lo visto, en dar la vuelta al mundo a vela en solitario y todo apunta a que yace en algún punto del Índico, entre el golfo de Bengala y la Tierra del Emperador Guillermo II, a no menos de 3.000 metros de profundidad. Una desgracia que ha conferido un nuevo sesgo a cuanto me relató. Quizá por eso me decido a contarlo ahora sin ahorrarme ningún detalle, aunque me temo que el recuerdo resulte traidor; la memoria, débil; y mi fidelidad, escasa pese al sincero esfuerzo que estoy haciendo por reconstruir sus gestos, emociones y palabras.

La chica se hacía llamar Petra, cacareó el voluble y tornadizo personaje ya instalado en mi mesa. Petra, ¿eh? Tal cual, aunque su nombre real sea otro que, como ya le he indicado, no le voy a decir. Una noche de lluvia, en mi casa de Barcelona, esta atrac-

tiva joven se puso a darme detalles sobre su vida personal. Fue la primera y única vez, fijese, que me habló de sí misma, y eso que nuestra relación hacía ya dos años que duraba y aún había de durar cinco más, al cabo de los cuales, para terminarlo de arreglar, fui y me enamoré. De ella, *ja ho crec*, de quién iba a ser. Una tontería, usted verá: igual que enamorarse del dependiente del estanco. El Gran Tagomago se detuvo con una sonrisa cínica en la cara. O de una caja de puros: Petra era mi proveedor, pero también era el producto.

Semejante revelación me descolocó, aunque procuré no dejarlo ver. El producto, la mercancía que ella le procuraba y que, según creí entender, no era otra que ella misma. La tarde caliente parecía concentrarse en el rostro enrojecido del Gran Tagomago y me erguí en la silla de paja de la terraza del bar.

Sí, señor, me confesó más serio que un ministro. Petra misma era el producto y, a la vez, quien me lo servía ¿comprende? Lo que no impidió que cuando quise darme cuenta ya me había enamorado. De ella, sí, qué se le va a hacer.

De una mujer de esas.

El sol atacaba con saña quemando los contornos de las cosas y el Gran Tagomago puso una cara rara subrayada por una sonrisa equívoca. En mi descargo, añadió, solo puedo decir que Xesc, el propietario del estanco que frecuento, es feo hasta decir basta. Y abrió las manos en un gesto de disculpa por la travesura de mostrarse tan impío con su estanquero. Pero feo de cojones, ya le digo. Vamos, que aunque se desviva por satisfacer mi debilidad por los ocho-nueve-ochos no me voy a enamorar de él. Ni de sus puros, eh, je, je. Y eso que también me gustan mucho.

Como corroborando su afirmación, sacó una purera de piel y me ofreció un oloroso habano que rechacé: no fumo y la sola visión de aquel petardo me produjo náuseas. Él se lo pasó por

la nariz. Pero Petra... Y lo acarició entre los dedos analizando sus textura y grado de frescor. Una hembra de otra dimensión. Abstraído, se hundió en un silencio ausente, el primero de los muchos que sazonarían su relato. O de muchas dimensiones, matizó concentrado en sí mismo. Petra posee algo. Y emitió un sonido gutural. Clase, ponderó bajando la voz hasta convertirla en un susurro arrastrado, casi un quejido. El Gran Tagomago rebanó el extremo del cigarro con una pequeña guillotina. Clase, repitió ensimismado mientras hacía girar con parsimonia el cigarro en la boca. La operación de encenderlo le llevó sus buenos tres o cuatro minutos. Con la primera bocanada, sus ojos buscaron en los míos algún asomo de burla, pero no lo encontraron. Y añadió, ufano: Petra, además, se había aprendido mis más íntimas perversiones.

No pude evitar preguntarme a qué se refería con tanta finura, «íntimas perversiones». Ni cuales podrían ser, no ya sus «más íntimas perversiones» sino las mías: alguna tendré también, digo yo. Él exhaló una humareda azul y su atención vagó hacia el mar, al final de la popular S'Alamera de Santa Eulalia, cuajada de turistas.

Cuando sentí galopar aquí el caballo del amor, dijo señalándose el pecho, lo embridé. Pura comodidad, no se vaya a pensar. Las fantasías pequeñoburguesas me tocan los cojones, así que de ningún modo quería que cambiara el tipo de relación que mantenía con ella: las relaciones comerciales no generan malentendidos —tanto me das, tanto te doy— mientras que la afectividad es una fuente de equívocos ingobernables, no sé si me sigue.

Lo seguía a las mil maravillas. La afectividad es fuente inacabable de equívocos, así que él se pagaba un simulacro y santas pascuas: a paseo las fantasías pequeñoburguesas. Solo hechos. El Gran Tagomago movía mucho los brazos para dar énfasis a

sus palabras. Nunca me he desenvuelto bien con los afectos, qué quiere que le diga. Carecen de medida y, por lo tanto, no hay manera de tomársela. Con Petra me fue bien hasta que rompió por su cuenta la relación de estricto carácter comercial que manteníamos. La rompió sin más, de manera unilateral: siete años tirados a la basura sin demasiadas explicaciones. ¿Para qué darlas? Ella es así. Y no fue porque estuviera a disgusto conmigo, que quede claro: es que tenía otros planes.

Otros planes. El Gran Tagomago escupió las dos palabras con una hebra de tabaco. Tonto de mí, meditó. Mira que me lo dijo así de veces, pero yo la escuchaba como a una niña que te dice que está enamorada de Justin Bieber. Cuando me dí cuenta de que no faroleaba, le rogué que no me dejara. Para que siguiese conmigo hubiera sacrificado mis habanos, mi barco y mis caprichos, me hubiera humillado de rodillas y hubiera dejado de ser un niño. Sí, me hubiera hecho un hombre de una vez, cosa que a los cincuenta años parece conveniente, rió de manera infantil y ostentosa. Pero me dio igual: Petra me abandonó y, loco de amor, obsesionado por cuanto había perdido, volqué mi frustración en un afán enfermizo por saber más de ella. Por primera vez en siete años me la tomé en serio. No se ría, llevo meses siguiendo su rastro. Le repito que, pese a todo, aquella niña-mujer pertenece a otra dimensión. A varias dimensiones diferentes, insisto: *first level*, una persona como no hay otra, ni siquiera parecida, entre un millón, ya ve en lo que ha acabado: en una prometedora científica, quién me iba a decir a mí que una mujer de esas...

Yo abrí la boca para protestar. «Una mujer de esas». ¿A qué podía referirse con semejante expresión? ¿No abominaba de las «fantasías pequenoburguesas»? Concebir dos clases de mujeres, «esas», por un lado, y «las otras», por otro, no deja de ser una

refinada «fantasía pequeñoburguesa», a mi modo de ver. Por fortuna, cambié mi pregunta en el último momento: no quería discutir. ¿No la estará usted idealizando? El Gran Tagomago meneó la cabeza asintiendo a su pesar. Claro que sí, por supuesto que la idealizo. El amor es idealización, a ver, lo que no significa autoengaño, ¿eh? Que me enamorase no quiere decir que me haya vuelto gilipollas, no se me confunda. Yo seguí preguntando. ¿Y no ha intentado verla? ¡Hombre! *I tant!* Ya lo creo que he intentado verla. Vive fuera, en un país europeo que tampoco le diré y la he llamado muchas veces sin obtener otra cosa que palabras corteses.

La tarde quería declinar, pero el calor insistía en pegarse a nosotros. Yo no tenía gran cosa que hacer y me dejé vencer por la pintoresca personalidad de aquel cantamañanas sin imaginar que iba a desbordar prosopopeya hasta la noche, primero, y hasta la madrugada, después. Una larga noche. El tío se pidió otro coñac y también cerveza para mí. Puede tener la seguridad de que cuanto más sé de Petra, más me sorprende mi estupidez. Al fin y al cabo, era mi primera vez: no me había enamorado nunca y, mucho menos, de un proveedor, subrayó con grosero énfasis.

Yo, sentado a medio metro de él, casi podía oler su sudor sazonado de colonia y tabaco caros sin terminar de dar crédito a lo que oía: ¡proveedor! Menos mal que decía estar enamorado. Un proveedor. Eran demasiadas contradicciones y de nuevo abrí la boca para protestar, pero él, con un autoritario gesto de la mano, no me lo consintió. Calle, cállese, no diga nada: escuche.

Era madrileña, me indicó engolado. *De casa bona*, como decimos en catalán, aunque pueda parecer sorprendente en una mujer así: la hija de un conocidísimo matrimonio de médicos que se ganaba bien la vida, gente excelente, muy bien situada. Él, un afamado cirujano traumatólogo, estaba especializado en los tendo-

nes de las articulaciones inferiores y había salvado más piernas que árboles Greenpeace. Entre ellas, las de algunos futbolistas renombrados. La madre, de una belleza madura y que se ha hecho legendaria, había creado una clínica estética que también dirigía y que seguro que le sonaría si se la dijera. Conoce usted *Madrit*, ¿no? Yo asentí riéndome para mis adentros. El Gran Tagomago no decía «Madrid», sino «*Madrit*», de una manera muy catalana. Tampoco los madrileños dicen «Madrid» sino «*Madriz*». Y los angloparlantes, «*Maduit*», cada cual, eso sí, con su propia inflexión. Madrid es mucho Madrid, reflexioné. Él, ajeno a mis divagaciones, me ilustró sobre las personalidades que frecuentaban la clínica. Estaban abonados algunos habituales del famoseo. Lita Parla, Ornetta, Begoña Valdivieso o la mujer de Jansö Milic. Gente así. No, no tenía sucursal en Barcelona ¿por qué la iba a tener? Bueno, el caso es que las malas lenguas aseguran, con calculada ambigüedad, que la madre de Petra, llamémosla Maruchi, Maruchi Arteaga por ejemplo, era una incógnita como médico pero que como *public relations* no tenía rival. «Su titulación la llevó a poner una clínica, pero Maruchi hubiera dirigido con el mismo éxito una empresa de limpieza», me han comentado con un poco de mala leche en *Madrit*. El padre, en cambio, solo gestionaba masas de músculos y tejido óseo. Hace poco pude verlo fotografiado en una revista profesional. Tenía un aire temible, pero también seductor, una combinación perfecta para un traumatólogo de éxito. Bajo la narizota, arrugada y guerrera, un mostacho entrecano ocultaba la bocota de un cachalote y esto, fíjese qué cosas, inspiraba confianza. Todavía se dice de él que resultaba ideal para tratar con los enfermos y también que aún era mejor para tratar con los familiares. Y eso que, según confesión de un colega, los calificaba de alimañas angustiadas que habría que erradicar de los hospitales.